

PRESENTACIÓN

UNA MIRADA HACIA AFUERA: MÉXICO Y AMÉRICA LATINA, SIGLOS XIX Y XX

EL ESTUDIO HISTÓRICO DE LAS relaciones internacionales de México y de los demás países de Latinoamérica constituye un gran reto para las nuevas generaciones de historiadores inmersos en una época —como la nuestra— dominada por los llamados procesos de “globalización” y por la crisis de las soberanías. Tratar de entender cuáles son los orígenes y cuál ha sido la naturaleza de los vínculos externos entre las naciones y las sociedades americanas, por lo tanto, parece ofrecer un campo especialmente fértil de indagación. Éste es el propósito esencial del conjunto de ensayos que se presentan en este número de *Historia Mexicana*, que se propone ofrecer un abanico diverso y sugerente de las múltiples posibilidades que proporciona este campo de análisis, polifacético por definición.

La posibilidad de realizar este tipo de estudios depende de la consulta de una serie de archivos y fondos que han comenzado a utilizarse en México con mayor frecuencia en los últimos años. Nos referimos a la magnífica colección del Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, que sirve de apoyo a muchos de los ensayos aquí reunidos. Asimismo, debe destacarse la riqueza de los fondos diplomáticos de México y del conjunto de América Latina, que alberga —desde hace unos años— la biblioteca de El Colegio de México y que constituyen una parte fundamental del soporte documental de los artículos que ahora se publican.

En el primero de los ensayos comprendidos en este número de *Historia Mexicana*, Laura Náter aborda un tema que vincula el temprano liberalismo español e hispanoamericano con la coyuntura decisiva de la independencia. Al analizar la participación en 1820-1821 de los diputados americanos en las Cortes del trienio liberal en Madrid, se revela una serie de profundas contradicciones que no pudieron ser resueltas entonces y que afectaron las relaciones entre la vieja potencia imperial y sus colonias americanas, en proceso de independizarse. Los liberales españoles estaban abiertos al diálogo con sus pares de Hispanoamérica, quienes durante un año constituyeron un bloque parlamentario fuerte en Madrid, pero no consideraban la posibilidad de un franco reconocimiento de la independencia. Y, poco después, la esperanza de una reconciliación se disipó por completo con la restauración de la monarquía absoluta de Fernando VII en 1823, inaugurando un “decenio negro” en las relaciones entre España y la América española.

No obstante, el legado del trienio constitucional había dejado una fuerte huella en un número selecto de hispanoamericanos que bebieron entonces de las ricas fuentes del liberalismo español y europeo nacientes, estableciendo una serie de vínculos de tipo ideológico que habrían de ejercer una influencia perdurable en la evolución del pensamiento y la práctica del liberalismo en las nuevas naciones hispanoamericanas.

En el siguiente ensayo, Teresa Maya analiza otra compleja vertiente de las relaciones exteriores de los países latinoamericanos en el siglo XIX. Su trabajo se centra en el estudio de las actitudes y políticas asaz contradictorias de Estados Unidos respecto a sus vecinos del sur. Después de reseñar algunos de los aspectos principales que caracterizaron la política estadounidense en los primeros decenios que siguieron a la independencia de los países latinoamericanos, procede a analizar los orígenes de la dualidad de la política exterior respecto a éstos. En efecto, fue con la celebración del primer Congreso Panamericano de 1889, impulsado por el secretario de Estado, James Blaine, que se puede perci-

bir con mayor claridad esta política dual de Estados Unidos respecto a los países latinoamericanos, que alternaba desde entonces entre la conciliación y la amenaza o la intervención, entre lo que se llegó a conocer como la política del garrote y la política de la zanahoria, para usar la terminología popular.

En la I Conferencia Panamericana celebrada en Washington a fines del siglo pasado, se hizo alarde de las buenas intenciones de las élites política y económica estadounidenses respecto a su propósito de lograr una integración comercial continental, tema que nos recuerda poderosamente la coyuntura contemporánea. De allí que la revisión de las discusiones sobre esta problemática tenga una considerable utilidad y sea, sin duda, muy interesante. Por otra parte, en este ensayo se proporciona una buena muestra de los riquísimos fondos que alberga el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores para estudiar nuestras relaciones con Estados Unidos desde el siglo XIX hasta fechas recientes.

El mayor promotor de la intensificación de las relaciones comerciales entre México y Estados Unidos en el último tercio del siglo pasado fue tal vez Matías Romero, prolífico político, diplomático, empresario y escritor. En su ensayo, Mabel Rodríguez aborda esta figura fascinante en relación con un tema poco estudiado en la historiografía mexicana; la forma en que Romero y sus colegas más inmediatos lograron impulsar la producción cafetalera del país de una manera decisiva, sentando las bases de una poderosa actividad agroexportadora que no ha dejado de mostrar un dinamismo considerable hasta nuestros días. Este ensayo revela cómo pueden combinarse los estudios de la diplomacia con el análisis económico para descifrar los cambios en las políticas económicas en los ámbitos sectorial y regional, y como la economía mexicana se ha ido integrando más intensivamente a la internacional desde hace más de 100 años. Se observa, asimismo, que el puerto de Veracruz, eje de una economía regional, fue cambiando de fisionomía: de ser el puerto exportador de la plata por antonomasia (como ocurrió durante más de tres siglos), pasó a ser el gran

puerto cafetalero de la República. Así, en este ensayo se combinan el análisis de la política económica, la problemática regional y la historia del café en una forma original y sugestiva.

El ensayo siguiente tiene un enfoque distinto; Rafael Rojas, sin embargo, aborda un tema igualmente inédito: las relaciones entre México y Cuba hacia fines del siglo XIX. La importancia de dichas relaciones durante este siglo ha sido examinada en algunos trabajos desde la perspectiva de lo económico, lo cultural y lo social, pero rara vez desde el ángulo político. Rojas elige ese ángulo para proporcionar una nueva interpretación de las relaciones entre la República Mexicana y la colonia española. El autor señala que la administración de Porfirio Díaz mostró un interés particular en Cuba a raíz de la guerra de independencia (1895-1898), proponiendo a los patriotas cubanos diversos acercamientos, incluso la anexión a México. Pero esa atención no era una novedad, pues tanto en la década de 1820 como a fines de la de 1860, los políticos y el gobierno mexicanos habían mostrado gran interés en un mayor acercamiento con Cuba, y habían propuesto colaborar en proyectos de independencia o de anexión. La coyuntura de fines de siglo, sin embargo, resulta de especial relevancia, tanto por la trascendencia del momento como por la riqueza de las fuentes que ha utilizado el autor, las cuales sugieren que los archivos históricos diplomáticos mexicanos pueden servir para nuevos trabajos sobre la historia cubana.

José Antonio Serrano, por su parte, analiza con una perspectiva histórica un tema de actualidad: el de las relaciones entre México y sus vecinos centroamericanos. Serrano estudia las gestiones diplomáticas mexicanas en Centroamérica durante los gobiernos de Carranza y Obregón, y particularmente sus estrategias frente al tratado Bryan-Chamorro, firmado en 1916 por Nicaragua y Estados Unidos. Dicho tratado concedía a la potencia del norte el derecho de construir un canal interoceánico, lo cual constituía una amenaza para México, en la medida en que permitiría a Estados Unidos controlar el Caribe y el golfo de México. El gobierno mexicano apoyó a sus homólogos de Costa Rica,

El Salvador y Honduras, en sus esfuerzos por crear la República de Centroamérica, como un recurso para detener el expansionismo estadounidense y su influencia en la región. Esto, a su vez, ubicaría a México en una posición ventajosa para establecer alianzas con el nuevo gobierno, disminuiría la amenaza de una guerra con Guatemala, y permitiría la consolidación de un bloque más amplio contra Estados Unidos. A pesar de los puntos de acuerdo, las negociaciones no prosperaron debido a las posturas encontradas de los gobiernos centroamericanos frente a Bryan-Chamorro, a la oposición estadounidense a la unificación de Centroamérica, al enfrentamiento entre las administraciones mexicanas y guatemaltecas y a los cambios de estrategia de Estados Unidos a partir de 1921.

Otro caso es el de las relaciones de México con las antiguas metrópolis europeas, tema que aborda Marina Zuloaga en su artículo sobre las políticas españolas hacia América Latina, analizadas concretamente en relación con el ámbito mexicano. En la segunda década de este siglo resurgió con nuevas fuerzas la intención de construir la unidad iberoamericana, sobre la base de la idea de una raza común. Sin embargo, el iberoamericanismo español chocaba con la ideología de la revolución mexicana, expresada a menudo con matices de hispanofobia. Con el restablecimiento de relaciones más fluidas entre España y México, el gobierno de Carranza ofreció una coyuntura de mayor receptividad para la penetración del iberoamericanismo. Pero el ultraconservadurismo de los gobiernos españoles y sus representantes diplomáticos en México obstaculizó la difusión de estas ideas, pues sus posturas entraban en contradicción con la ideología revolucionaria. Tal situación, revelada por Zuloaga mediante el estudio de la gestión de los diplomáticos españoles en México, ayuda a explicar por qué el iberoamericanismo no influyó en este país de la forma en que lo hizo en otras naciones latinoamericanas.

Una figura conocida por su quehacer cultural e intelectual en México es Alfonso Reyes. Pero poco se conoce de su desempeño como diplomático, a pesar de que fue una pieza clave en el acercamiento entre México y Sudamérica a fi-

nes de las décadas de 1920 y 1930, según lo muestra Cecilia Zuleta en su ensayo sobre las relaciones entre México y Argentina. Reyes formó parte de una generación de políticos e intelectuales que articularon una visión determinante de las relaciones latinoamericanas, en un afán por crear nuevos vínculos entre los países del continente, encaminados a lograr un mejor conocimiento de las identidades propias y a enfrentar las iniciativas de las grandes potencias. En esta perspectiva, los intelectuales latinoamericanos de la época se enfrascaron en discusiones sobre creación de nuevos mercados, emprendiendo la búsqueda de nuevas posibilidades productivas y la instrumentación de nuevos canales de comunicación, entre otros temas. El análisis de Zuleta acerca de las relaciones entre México y Argentina, los dos polos del continente, constituye un excelente ejemplo de lo que fueron las prácticas diplomáticas de la época y los debates para la construcción de un espacio propiamente latinoamericano en el siglo XX.

Por último, resta solamente añadir unos breves comentarios sobre la factura de estos ensayos que hoy publica *Historia Mexicana*. En primer término, son el resultado de una propuesta colectiva de estudio, pues surgieron de un seminario de investigación sobre historia de las relaciones internacionales dirigido por Carlos Marichal. Con el paso del tiempo, los integrantes propusieron profundizar en estos trabajos, y fueron alentados y coordinados en su empeño por Laura Náter, compiladora de este conjunto de artículos. Finalmente, Andrés Lira señaló la conveniencia de publicar los materiales. Solange Alberro generosamente abrió las puertas de *Historia Mexicana* a esta iniciativa, que contó con el apoyo y estímulo de Josefina Vázquez.

Laura NÁTER
y Carlos MARICHAL
El Colegio de México